

La acción terapéutica de la filosofía en Boecio: un camino de retorno hacia la verdadera patria

The therapeutic action of philosophy in Boethius: a way back to the true homeland

A ação terapêutica da filosofia em Boécio: um caminho de volta à verdadeira pátria

Santiago Monserrat¹

Resumen

En este artículo se indaga en la argumentación de los tres primeros libros de la obra *La Consolación de la Filosofía* de Boecio, teniendo como clave de lectura la acción terapéutica que ejerce la buena filosofía sobre las almas afligidas y agobiadas por el encadenamiento al mundo y las desgracias que atañen a la mala fortuna. En dicha obra, la filosofía se muestra encarnada en la figura de una dama de aspecto majestuoso, quien a través de sus argumentos y poemas se torna una poderosa enfermera capaz de curar las más profundas heridas del exiliado Boecio, ocasionadas por el olvido de su auténtico fin. Ella puede redireccionar al enfermo a encontrar el camino hacia su verdadera patria.

Palabras clave: consolación de la filosofía, Boecio, ejercicios espirituales, terapéutica, Platón.

Abstract

This article investigates the argument of the first three books of the work *The Consolation of Philosophy* by Boethius, taking as a reading key the therapeutic action that good philosophy exerts on souls afflicted and overwhelmed by the chain to the passing world and by the misfortunes that concern bad fortune. In this work, philosophy is shown embodied in the figure of a majestic-looking lady, who through her arguments and poems becomes a powerful nurse capable of healing the deepest wounds of the exiled Boethius, caused due to forgetting his true purpose. She can redirect the sick person to find the way to his true homeland.

Key words: consolation of philosophy, Boethius, spiritual exercises, therapy, Plato.

¹ Profesor en Filosofía (Instituto Pío X-Córdoba). Estudiante de Licenciatura en Filosofía (Universidad Católica de Córdoba). País: Argentina. santiagoomonse16@gmail.com. ORCID: 0009-0004-9181-9827.



Resumo

Este artigo investiga a argumentação dos três primeiros livros da obra *A Consolação da Filosofia* de Boécio, tomando como chave de leitura a ação terapêutica que a boa filosofia exerce sobre as almas aflitas e oprimidas pela cadeia ao mundo passageiro e pelos infortúnios que dizem respeito à má sorte. Nesta obra, a filosofia se mostra encarnada na figura de uma senhora de aparência majestosa, que através de seus argumentos e poemas se torna uma poderosa enfermeira capaz de curar as feridas mais profundas do exilado Boécio, causadas pelo esquecimento de seu verdadeiro propósito. Ela pode redirecionar o doente para encontrar o caminho em direção à sua verdadeira pátria.

Palavras-chave: consolação da filosofia, Boécio, exercícios espirituais, terapia, Platão.

“Ilúvatar quiso que los corazones de los Hombres buscaran siempre más allá y no encontraran reposo en el mundo” (J.R.R. Tolkien – El Silmarillón)².

El siguiente artículo procura exponer el proceso terapéutico descrito en los primeros tres libros de la obra boeciana titulada *La Consolación de la Filosofía* (desde ahora CF). En dicho proceso, el enfermo es el mismo autor de la obra, quien se haya afligido debido al peso de numerosos males, y la curadora no es otra que la misma Filosofía, quien se presenta encarnada en una sublime dama que, como buena madre, no deja solos a sus hijos, sino que participa de sus dolores, ayudándoles a llevar la carga que la envidia —por odio de su nombre— ha acumulado sobre sus débiles hombros³. Ella, a través de sus argumentos y de sus poemas, lleva a cabo una acción sanadora que consiste en rechazar a los malos curadores, desenmascarar el doble rostro de la fortuna, dismantelar la felicidad que proporcionan los falsos bienes y redirigir la mirada del enfermo hacia la fuente inmutable de todo bien.

Para llevar a cabo el objetivo de este trabajo, en la primera parte (I) se desarrolla el contexto en el cual Boecio compone esta obra consolatoria, a saber, su propio exilio, encarcelamiento y próxima ejecución. Luego, siguiendo a Correia Machuca⁴, se realiza un breve análisis acerca de la tradición de este tipo de género, como forma de apaciguar, a través de argumentaciones filosóficas, el ánimo turbado de aquellos que padecen desgracias. A continuación (II), de acuerdo con Patricio Domínguez⁵, se plantea la existencia en

² John Ronald Reuel Tolkien, *El Silmarillón*. Traducción de Luis Domenech y Rubén Masera (Buenos Aires: Minotauro, 2014), 43.

³ Cfr. Boecio, *La consolación de la filosofía*, I, P3 (36). Traducción de Pablo Mesa.

⁴ Cfr. Manuel Correia Machuca, “La Doctrina Cristiana En La Consolación De La Filosofía De Boecio”, *Studium. Filosofía Y Teología*, 26 n. 52 (2023).

⁵ Cfr. Patricio Domínguez, “Boecio y los ejercicios espirituales. Observaciones a los dos primeros *carmina* de la Consolación de la Filosofía”, *Scripta Mediaevalia -Revista de pensamiento medieval*, 13, n.2 (2020).

el inicio de la obra de dos ejercicios espirituales: uno de tipo epicúreo y otro platónico. El segundo consiste en la contemplación del orden del universo como vía para ordenar las alteradas pasiones presentes en el alma, puesto que, siguiendo a Antonio Donato⁶, Boecio padece una turbación emocional debido a haber descuidado la vida contemplativa por dedicarse en exceso a la vida activa.

Una vez planteado el contexto inicial de la obra, en la tercera parte (III) se exponen las primeras intervenciones terapéuticas llevadas a cabo por la Dama Filosofía, a saber, la realización de un diagnóstico del enfermo y la determinación del método a aplicar para llevar a cabo la curación. Luego (IV), se explica cómo la Dama Filosofía aplica los primeros remedios, denominados suaves, teniendo como objetivo preparar al enfermo para recibir luego una dosis más fuerte. Dichos remedios iniciales consisten, por un lado, en poner en evidencia el doble rostro de la fortuna, y por otro, mostrar la insignificancia de los bienes que proporciona.

Por último (V) se detallan los argumentos que la Dama Filosofía ejecuta en la aplicación de los remedios fuertes, desbaratando por completo cada uno de los bienes particulares: riquezas, honores, poder, gloria y placeres. Y seguidamente (VI), se presentan los razonamientos con los que esta Dama incita al ejercicio de las virtudes contemplativas, capaces de elevar al hombre más allá de este mundo mudable, de acuerdo con lo que sostiene Zamora Calvo⁷ acerca de la conexión de la obra con la doctrina neoplatónica de las virtudes.

La desgracia de Boecio y el género consolatorio

Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio nació en el año 480. De acuerdo con lo que relata la obra *CF* en II, P3, fue huérfano y recogido por hombres distinguidos. Así entró a formar parte de las familias más ilustres. Luego, se casó con una mujer de la misma familia, de gran belleza y recato, que le dio dos hijos varones. Además, en el plano político, fue investido de cargos y dignidades muy altas.

Esta exigua información acerca de su vida se complementa con la biografía que escribió su amigo Casiodoro. La misma relata que fue un excelente orador de griego y latín, y se destacó por sus traducciones y comentarios de las obras filosóficas de los griegos, en especial la lógica aristotélica. A su vez, en el año 510, bajo el reinado de Teodorico, el Amalo, fue nombrado cónsul de Roma. Diez años después fue ascendido a la alta dignidad de *magister officiorum*, quedando como principal responsable del gobierno de Teodorico. No obstante, unos años más tarde pierde el favor del rey y es encarcelado. La causa de ello no se ha podido establecer con precisión: en *CF* I, P2, Boecio relata que el crimen de que se lo acusa es haber querido impedir que se declarara al Senado culpable de lesa majestad. A su vez, más adelante explica que, con el fin de ensombrear aún más

⁶ Cfr. Antonio Donato, "Boethius' Consolation of Philosophy as a Product of Late Antiquity", (London-New York: Bloomsbury, 2013).

⁷ Cfr. José María Zamora Calvo, "Una exhortación a cultivar las virtudes: La posible conexión entre la Consolación de la Filosofía de Boecio y la ética neoplatónica", *Revista de filosofía*, II Época 17 (2017).

esta acusación, los impostores declararon que había manchado su conciencia con un sacrilegio.

Mientras se hallaba desterrado en Pavía, en el año 524, en espera de su ejecución, redacta CF, utilizando justamente el recurso literario de la consolación como método para aliviar los numerosos males que le afligen. No obstante, Boecio no es el primero en redactar una obra de este estilo, Manuel Correia informa que es posible divisar una cierta tradición en este género literario, que comienza con Crantor de Solos, pasando por diversos epicúreos, estoicos y otras escuelas filosóficas de la antigüedad⁸, hasta llegar a Boecio en el siglo VI. Esta asociación de tan variadas corrientes de pensamiento filosófico con el género consolatorio se debe a que

la filosofía era entendida como una práctica sanatorial, es decir, al filósofo se lo concebía como un médico del alma. El filósofo sabe y puede encontrar las palabras que alivian el corazón abatido del amigo, del familiar o incluso de sí mismo. Son palabras terapéuticas y el arte es el de la logoterapia. Si en la antigüedad se creía fuertemente que la música podía cambiar el estado del ánimo, no menos se creía en la capacidad de que las palabras sabias de la filosofía podían tener un efecto sanador y mitigador de las inclemencias existenciales⁹.

A su vez, dicha tarea consolatoria presenta diferencias entre los autores de acuerdo con la concepción antropológica que cada uno sostiene. Esto es así porque el ejercicio terapéutico de consolar al abatido lógicamente debe ir en orden a la imagen del fin último del hombre que cada escuela filosófica admite como cierta¹⁰. Y de esto se deriva que el género consolatorio “está llamado a definir cuáles razones son las efectivas para la perturbación y el abatimiento humano”¹¹. En efecto, la consolación procura convencer al afligido de que su tristeza debe cesar, debido a que ha situado excesivamente su atención en acontecimientos, por los cuales no vale la pena atormentarse en exceso. Para llevar a cabo dicha empresa, los escritores de consolaciones acuden a los siguientes recursos: poner ejemplo de otras personas virtuosas que, pasando por una situación de aflicción similar, pudieron recomponerse; culpar a la irracionalidad de la fortuna por brindar y quitar bienes amables; contraponer los males acontecidos con los bienes poseídos, demostrándole así al abatido que aún no ha perdido lo necesario para la posesión de la vida feliz; y rechazar la idea de una fuerza inevitable que transforma al afligido en víctima de ciertos males¹².

⁸ Cfr. Correia, *La doctrina...*, 199.

⁹ Ibid.

¹⁰ Este razonamiento lógico es aplicable para toda actividad que tenga como objeto al hombre. Edith Stein, por citar un ejemplo, lo aplica en referencia a educación, tarea que tiene como fin el perfeccionamiento del hombre: “la pedagogía que carezca de respuesta a la pregunta «¿qué es el hombre?» no hará sino construir castillos en el aire”. Edith Stein, *La estructura de la persona humana*. Traducción de José Mardomingo, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1998, 31.

¹¹ Correia, *La doctrina...*, 201.

¹² Cfr. Ibid.

Todos estos elementos enumerados están presentes en CF, no obstante, ella no aspira a ser una obra consolatoria más. Al contrario, según Correia, es concebida por Boecio como la consolación filosófica por excelencia, puesto que logra demostrar que la consolación del ánimo humano es una de las tareas o aplicaciones más importantes de la filosofía y que no está dirigida sólo a un individuo concreto —en este caso, al mismo Boecio, por lo que adquiere el carácter de autoconsolación— sino al género humano en su totalidad¹³. La otra aplicación importante de la filosofía consiste en “servir de base a la teología, tal como Boecio en sus tratados teológicos y los filósofos medievales posteriores han enseñado”¹⁴. A diferencia, Zamora Calvo, siguiendo a Gruber, sostiene que más que una consolación en el sentido antiguo o cristiano del término, esta obra es un *protréptico*¹⁵, es decir, una invitación al ejercicio de la vida filosófica.

El trágico olvido de Boecio

Una vez expuestas sintéticamente las características del género consolatorio, ahora toca aproximarse a la obra en cuestión. Con respecto a la estructura de CF, la misma se presenta dividida en cinco libros, y éstos a su vez subdivididos en una alternancia entre verso y prosa. En cuanto a su contenido, consiste en un diálogo entre el abatido Boecio y la Dama Filosofía, mujer de aspecto majestuoso que encarna lo más sublime del pensamiento filosófico y que tiene como objetivo demostrarle al afligido que la causa de su tristeza radica en el olvido del verdadero fin del hombre.

La obra inicia con una elegía, es decir, una lamentación, en la cual, Boecio expresa su congoja debido al mal presente y su añoranza de los tiempos pasados en que componía hermosos versos. De esta forma, procura aplicar un ejercicio espiritual epicúreo que consiste en un doble movimiento mental: por un lado, alejar la mente de representaciones acerca de desgracias pasadas, presentes y futuras¹⁶ y, por otro, redireccionar la misma hacia un pasado agradable¹⁷.

En la siguiente prosa, el autor explica que las poéticas musas se encontraban junto a él, dictándole las palabras con las cuales manifestar sus sentimientos. Y, mientras sucedía esto, reconoció a una mujer venerable se estaba erguida frente a él. Esta dama no era otra que la Filosofía. Ella, al observar a las musas que lo rodeaban, exclama llena de indignación:

¿Quién -dijo- ha permitido que estas ramera histéricas lleguen hasta la cama de este enfermo? ¿Traen acaso remedios para calmar sus dolores y no más bien dulces venenos para fomentarlos? Son las mismas mujeres que matan la rica y fructífera cosecha de la razón; las que habitúan a los hombres a sus enfermedades mentales,

¹³ Cfr. Correia, *La doctrina...*, 201.

¹⁴ *Ibid.*, 209.

¹⁵ Zamora Calvo, *Una exhortación...*, 185.

¹⁶ Cfr. Domínguez, *Boecio y...*, 46.

¹⁷ Cfr. *Ibid.*, 51.

pero no los liberan. Las que adormecen la inteligencia, pero no la despiertan. [...] Alejaos, pues, sirenas, con vuestros hechizos de muerte. Apartaos y dejad que mis musas lo cuiden y lo curen¹⁸.

Al respecto, Patricio Domínguez sostiene que esta censura llevada a cabo por la Dama Filosofía no debe interpretarse como una crítica al intento de buscar consolarse con las musas poéticas, ni tampoco como un rechazo a la elegía en tanto forma poética; sino más bien como una censura al contenido de la elegía. Es decir, un rechazo al ejercicio de una técnica consolatoria errada¹⁹, en este caso, el ejercicio espiritual epicúreo, anteriormente descrito que consiste en dirigir la mirada hacia recuerdos placenteros del pasado. Por mi parte, si bien comparto con Domínguez que la expulsión de las musas no consiste en un rechazo a la poética en general, no puedo seguirlo cuando sostiene que la Dama considera al ejercicio espiritual de la *revocatio mentis* como errado, puesto que ella misma lo aplica en el Libro II, como se describirá más adelante. En todo caso, el problema de las musas radica en intensificar las emociones negativas del afligido, pero no en ser capaces de brindarle un remedio adecuado²⁰.

A continuación, la Filosofía proclama un poema, en el cual contrasta el pasado de Boecio como contemplador del orden del universo, y el presente del mismo como privado de su inteligencia e incapaz de levantar los ojos al cielo²¹:

[...]

Aquí está el hombre que, en otro tiempo,
gozando de plena libertad,
solía escalar los senderos del firmamento,
observaba la luz dorada del sol
y seguía atento las fases de la gélida luna.
Era vencedor de las estrellas,
reduciendo a número sus errantes revoluciones
dentro de órbitas cerradas.

[...]

Pero ved cómo ahora quien solía descubrir
los secretos recónditos de la naturaleza
yace tendido, prisionero de la noche.
Pesadas cadenas le cuelgan del cuello
que le obligan a doblar la frente
y a no ver otra cosa que el polvo inerte²².

¹⁸ Boecio, *De consolazione philosophiae*, pr. 1, 3. Traducción de Pedro Rodríguez Santidrán.

¹⁹ Domínguez, *Boecio y los...*, 52.

²⁰ Cfr. Donato, *Boethius'...*, 72.

²¹ Domínguez, *Boecio y los...*, 53.

²² Boecio, *La consolación de la filosofía*, I, m.2, 33. Traducción de Pablo Mesa.

Pues bien, en este poema, la Filosofía le recuerda a Boecio su pasado de conocedor del orden del universo. Ahora bien ¿qué sentido tiene traer a colación esta sabiduría pasada a la memoria del afligido? Pues porque, en gran parte, su tristeza es consecuencia de haber olvidado dicho conocimiento astronómico. Esto es así, ya que el mismo no se reduce a un mero saber científico, sino que, por un lado, está orientado al conocimiento metafísico de aquel espíritu que mueve todo este orden, es decir que eleva al alma hacia el conocimiento de Dios²³; y por otro, se constituye en un ejercicio espiritual, que apunta a la transformación interior de quien lo cultiva²⁴. Por tanto, aquella alma desgraciada que descuida la importancia de elevar la mirada hacia el orden de los astros queda condenada a dirigir su cabeza hacia lo mudable y pasajero, juzgando de acuerdo con criterios que no gozan de ninguna estabilidad y sin ser capaz de aspirar a las cosas superiores, hacia las cuales está llamada.

Dicho ejercicio espiritual no es una invención de Boecio, sino que se basa en la tradición platónica desarrollada en la famosa obra del *Timeo*. Según Hadot, en las últimas páginas de este diálogo, se afirma que es necesario ejercitar la parte superior del alma, es decir, el intelecto, a fin de ponerse en armonía con el universo y asimilarse a la divinidad²⁵. Y el mismo texto platónico lo desarrolla de la siguiente manera:

Los pensamientos y revoluciones del universo son movimientos afines a lo divino en nosotros. Adecuándose a ellos para corregir por medio del aprendizaje de la armonía y de las revoluciones del universo los circuitos de la cabeza destruidos al nacer, cada uno debe asemejar lo que piensa a lo pensado de acuerdo con la naturaleza originaria y, una vez asemejado, alcanzar la meta vital que los dioses propusieron a los hombres como la mejor para el presente y el futuro²⁶.

Ahora bien, ¿cómo es posible que Boecio que fue educado en el seno de la filosofía, haya olvidado, o, al menos, no haya considerado con ahínco estas verdades fundamentales? Más que un problema de memoria, parece ser que la dificultad de Boecio radica en el lugar donde concentró su atención a lo largo de su vida. De acuerdo con Donato, su sufrimiento es el resultado de una excesiva focalización en un aspecto de su vida filosófica, a saber, la vida activa. Pues bien, Boecio conocía perfectamente que su último fin es llegar a ser uno con Dios, como el mismo afirma al citar la sentencia pitagó-

²³ El alma es una unidad substancial, que le brinda al hombre su estructura específicamente humana y personal. En dicha unidad, convergen los distintos estadios del reino del ser. Pues bien, el alma humana es, al igual que el alma animal y vegetal, *forma corporis*, es decir, principio formal que ordena y da unidad a la materia. A su vez, es sensitiva, como el alma animal, por lo cual recibe impresiones internas y externas, y es capaz de actuar reactivamente frente a esas sensaciones. Por último, es racional y espiritual, ya que es principio de operaciones intelectuales, por lo cual puede conocer la esencia de las cosas, siendo así capaz de operaciones que trascienden la materialidad (Cfr. Edith Stein, *La estructura...*; y Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 75). Es por ello que el alma puede elevarse del conocimiento de la naturaleza de las cosas creadas, hasta el principio y fundamento de todas ellas, que es Dios mismo.

²⁴ Domínguez, *Boecio y los...*, 55.

²⁵ Cfr. Pierre Hadot, *¿Qué es la filosofía antigua?* (México: Fondo de Cultura Económica, 1998), 79.

²⁶ Platón, *Timeo*, 90 c-d (258).

rica “ἔπου θεοῦ”²⁷, pero estaba tan inmerso en su actividad política que perdió de vista ese objetivo²⁸.

En síntesis, la Dama Filosofía quiere enseñarle a Boecio que su estado trágico tiene como causa haber descuidado la vida contemplativa, ya que fue opacada por la vida activa. De esta forma, se tornó incompetente para contemplar el orden del universo y, por tanto, ordenar sus propias revoluciones errantes, que no son otras que sus pasiones desordenadas: “todo el esfuerzo de *philosophia* en lo que sigue de la obra será sacar a Boecio de su mirada fija en la “basta tierra”. Dicho de otro modo, del ámbito de los afectos desordenados y las vicisitudes de la fortuna y elevarlo hacia un saber astral y superior”²⁹. A continuación, se exponen las técnicas terapéuticas que aplica la Dama Filosofía para curar al enfermo de aquellos males que lo atormentan, haciéndole elevar su mirada hacia las verdades eternas.

La enfermedad de Boecio y el diagnóstico de la Dama Filosofía

En I, P2, la Dama afirma que no es tiempo de lamentos (*querelae*), sino de aplicar el remedio (*medicina*). De esta forma, reafirma el rechazo a continuar complaciéndose con la añoranza de tiempos pasados gozosos, pero sin efectuar ningún cambio positivo en el presente. Por el contrario, ella procura brindar la cura adecuada para efectuar un auténtico cambio en el enfermo. No obstante, prontamente se percata del primer obstáculo para su proyecto: Boecio padece de un letargo (*lethargum patitur; communem illusarum mentium morbum*)³⁰. Este estado de falta de conciencia es propio de aquellos que se dejaron llevar por falsas ilusiones.

A continuación, ella procede a limpiar con su propia vestidura los ojos del desilusionado Boecio, oscurecidos por la nube de sus propias emociones³¹. De esta forma, el enfermo logra reordenar sus sentidos y reconocer claramente a aquella que lo estaba curando: no era otra que su antigua nodriza, la misma filosofía³². Pues bien, hasta ese momento, había ignorado la identidad de la mujer con quien estaba hablando. Este detalle de la limpieza de los ojos no es menor, debido a que marca el camino que sigue la Filosofía en el proceso de curación del enfermo. Según Zamora Calvo: “las referencias a la visión que aparecen en la *Consolación* conectan con la temática neoplatónica del ojo del alma y de la necesidad de purificarse de las pasiones, por medio de las matemáticas y la dialéctica, para lograr acceder a lo verdadero”³³. Esto es así debido a que las emociones

²⁷ “Sigue a Dios” Boecio, *CF*, I, pr. 4, 46.

²⁸ Cfr. Donato, *Boethius’...*, 66.

²⁹ Domínguez, *Boecio y los...*, 56.

³⁰ Boecio, *CF*, I, P2. Texto latino.

³¹ Cfr. Donato, *Boethius’...*, 68.

³² Cfr. Boecio, *CF*, I, pr. 3, 36.

³³ Zamora Calvo, *Una exhortación...*, 179.

o pasiones del alma, al ser causadas por la parte sensitiva del hombre, deben estar ordenadas; de lo contrario, se tornan en obstáculo para su vida racional y espiritual.

A continuación, la Dama Filosofía afirma su disposición de ayudar a sobrellevar los pesares a sus hijos, quienes cargan con el yugo del odio de aquellos que desprecian su sabiduría. A su vez, le recuerda que no es la primera vez que ella es puesta a prueba, y le coloca como ejemplo el destierro de Anaxágoras, la muerte de Sócrates, las torturas de Zenón, y otros casos más cercanos:

Lo que a éstos condujo a la ruina fue el haber sido formados en nuestra doctrina, razón por la cual jamás se mostraron conformes con el gusto e inclinaciones de los malvados. Por ello no tienes que admirarte al ver que en el océano de la vida sintamos las sacudidas de furiosas tempestades, ya que nuestro gran destino es no agradar a los peores³⁴.

No obstante, estas palabras no son suficientes para frenar el fluir de las lágrimas de Boecio, por lo cual, la Dama sentencia que, para poder curarlo, debe descubrir su herida: “*si operam medicantis expectas, oportet vulnus detegas*”³⁵. A lo cual Boecio replica con ironía que es bastante evidente el rigor de su mala fortuna, puesto que está encarcelado en un lugar digno de compasión. A su vez, le reprocha que ha llegado hasta esa desgraciada situación por haber sido obsecuente con sus enseñanzas. Luego procede a enumerar los diferentes hechos de su vida política, en los cuales procuró aplicar rigurosamente su doctrina, y que, pese a todo ello, recibe como recompensa deshonras, calumnias, humillación y, sobre todo, el destierro, mientras que los injustos gozan de todos los placeres y honores³⁶:

Paréceme contemplar los sacrílegos antros de los criminales desbordantes de alegre júbilo; a hombres viciosos tramando nuevas intrigas, mientras las gentes honradas se ven abatidas, atemorizadas por el riesgo de una aventura trágica; los criminales, amparados por la impunidad, se lanzan a perpetuar nuevos crímenes, alentados con la esperanza del premio que les aguarda, al tiempo que el inocente no sólo no puede contar con su propia seguridad, pero ni siquiera puede defenderse³⁷.

Después de escucharlo y reconocer su inquietud, la Dama le explica que, debido a que su espíritu se encuentra agitado por el tumulto de afectos y pasiones, los remedios más fuertes no son convenientes aún. Por tanto, se valdrá primero de otros más suaves, a fin de que después de ser ablandado por caricias pueda recibir un tratamiento más enérgico³⁸.

³⁴ Boecio, *CF*, I, pr.3, 37.

³⁵ *Ibid.*, I, pr. 4. Texto latino.

³⁶ Cfr. *Ibid.*, I, pr. 4, 39-47.

³⁷ *Ibid.*, I, pr.4, 47.

³⁸ Cfr. *Ibid.*, I, pr.5, 51.

A continuación, la Dama procede a realizarle una serie de preguntas a fin de determinar qué remedio aplicar: “¿nuestro mundo es movido por las fuerzas ciegas del azar, o crees que hay en él una dirección inteligente?”³⁹ Boecio no duda en contestar que claramente un mundo tan bien ordenado no puede ser producto del azar, sino que Dios dirige todo lo que ha creado. La Filosofía se admira de que, teniendo tan sanos pensamientos tenga un espíritu enfermo. Por lo que considera necesario indagar su alma un poco más. “Puesto que tú no dudas de que es Dios quien dirige al mundo, ¿sabes de qué medios se sirve?”⁴⁰ Él le manifiesta que no comprende bien la pregunta, por lo que la Dama se percató que, tal como suponía, hay un vacío en su alma por donde se han inmiscuido las pasiones. “¿Ignoras cuál es el fin de todas las cosas y el objetivo al que se dirigen los esfuerzos de la naturaleza entera?”⁴¹. El enfermo afirma que lo ha aprendido en el pasado, pero que en ese momento no puede responder, ya que su memoria está afectada por el dolor. “¿Cuál es el principio del que proceden todas las cosas?”⁴² Responde inmediatamente que es Dios, a lo que la Filosofía le replica que no puede ser posible que si conoce el origen desconozca el fin. “¿Podrías explicar lo que es el hombre?”⁴³. Boecio responde que es un ser racional y mortal. La Dama le insiste preguntándole si está seguro que él no es otra cosa, a lo que le responde que está seguro. Con esta última respuesta, la Filosofía se da cuenta que hay una causa aún más grave de su mal, y es que no se conoce a sí mismo. Una vez que determinó el origen de su mal, la Filosofía puede administrarle los medios para devolverle la salud⁴⁴.

Pues bien, además del olvido de sí mismo que lo conduce a quejarse del destierro y de la pérdida de sus bienes, ignora asimismo el fin de las cosas; por lo cual cree poderosos y felices a los malvados. A su vez, como no vislumbra el timón que dirige los acontecimientos, imagina que la fortuna camina sin piloto a la deriva. No obstante, ella le indica que no está todo perdido en él, puesto que tiene a su alcance aquello que lo puede salvar. A saber, la presencia en su conciencia de una justa noción acerca del gobierno del mundo: “*habemus maximum tuae fomitem salutis veram de mundi gubernatione sententiam*”⁴⁵.

De hecho, la tarea de memorizar y meditar sentencias consistía en un ejercicio espiritual frecuente en las diversas escuelas filosóficas de la Antigüedad, que tenían como fin la curación del alma perturbada por las pasiones. Por ejemplo, según Hadot, tanto para el estoicismo como en el epicureísmo “deben asimilarse, meditándose «día y noche», breves sentencias o resúmenes que permitan tener siempre «a mano» los dogmas fundamentales”⁴⁶. En el caso de Boecio, esta sentencia acerca del gobierno del mundo le ayuda

³⁹ Ibid., I, pr.6, 52.

⁴⁰ Ibid., I, pr.6, 53.

⁴¹ Ibid.

⁴² Ibid.

⁴³ Ibid., I, 54.

⁴⁴ Cfr. Ibid., I, 52-54.

⁴⁵ Ibid., I, pr.6. Texto latino.

⁴⁶ Pierre Hadot, *Ejercicios espirituales y filosofía antigua* (Madrid: Siruela, 2006), 32.

a comprender que él mismo no está sometido a las leyes del azar, sino que obedece a un orden divino. Así lo expresaba anteriormente, en I, M5:

Creador del cielo estrellado,
 Señor que, sentado en eterno trono,
 haces girar el cielo en rápidos movimientos
 y obligas a los astros a seguir tus leyes.
 [...]
 Todas las cosas obedecen tu ley antigua
 y todas realizan la tarea que les fijaste.
 Todo lo gobiernas dentro de sus estrictos límites
 y sólo te niegas a imponer tu voluntad
 soberana a los actos humanos⁴⁷.

Entonces, una vez detectada la causa de la aflicción de Boecio y la potencialidad de aquello sano que aún conserva, la Dama Filosofía ya está en condiciones de iniciar la tarea terapéutica de curación del enfermo. Pues bien, según Zamora Calvo, la obra CF está estructurada de acuerdo con la ordenación jerárquica neoplatónica de las virtudes⁴⁸ desarrolladas en detalle por Porfirio en la *Sentencia XXXII*⁴⁹. Y puesto que el afligido Boecio quedó decepcionado por el primer tipo de virtudes, a saber, las cívicas o políticas, ejercitadas por él con rigurosidad y, aun así, no fueron suficientes para conducirlo a la felicidad. Por tanto, se torna preciso que la Dama Filosofía se enfoque en el despliegue del segundo tipo de virtudes, las purificadoras o catárticas: “que consisten en desprenderse de las cosas del mundo sensible, abstenerse de las acciones que se ejecutan con el cuerpo y rechazar compartir sus pasiones”. Si bien en el cultivo de estas virtudes no radica la meta final, consiste en el siguiente paso que debe llevar a cabo la Filosofía, atendiendo a una gradualidad diferenciada de medicamentos más dulces y fuertes.

Remedios suaves

En el Libro Segundo, la Dama Filosofía comienza afirmando que el cambio de fortuna es lo que ha destrozado el alma de Boecio, haciéndole perder su habitual serenidad debido a la fluctuación de ánimos que conlleva. Por tanto, y puesto que la fortuna es una gran engañadora, es necesario desbaratarla. A través de esta tarea, la filosofía va dando de beber pequeños sorbos de una porción agradable, la cual penetra suavemente en el espíritu del enfermo y lo capacita a recibir luego remedios más fuertes⁵⁰.

⁴⁷ Boecio, CF, I, m. 5. Traducción de Pedro Rodríguez Santidrán.

⁴⁸ Zamora Calvo, *Una exhortación...*, 172.

⁴⁹ Porfirio clasifica a las virtudes yendo de las inferiores a las superiores: 1) virtudes del político: consisten en la moderación de las pasiones, 2) virtudes del contemplativo que avanza en la contemplación: separarse del mundo (por eso, se las denomina también purificaciones), 3) virtudes del alma que opera intelectualmente: contemplar lo que está en el Intelecto, 4) virtudes paradigmáticas: existen en el Intelecto, son paradigma de las virtudes que están en el alma. (Cfr. Porfirio, *Sentencia XXXII* [102-105]).

⁵⁰ Cfr. Boecio, CF, II, pr.1, 57-58.

Para llevar a cabo esto, en primer lugar, la Dama le explica que la fortuna no ha cambiado para él, sino que se le ha revelado por entero. Pues bien, ella tiene un doble rostro, por tanto, no debe sorprender que cambie de la noche a la mañana, y es por ello que “el hombre prudente ha de saber prever el desenlace de los acontecimientos; y precisamente por la ambigua inestabilidad de la fortuna, ni se han de temer sus amenazas ni se han de apetecer sus favores”⁵¹.

A continuación, la Dama Filosofía procede a tomar el papel de la fortuna, y dialoga con Boecio:

¿Por qué te lamentas? No te he hecho ningún agravio. Riquezas, honores, todo lo que es apetecible pertenece a mis dominios: son cosas que me sirven dondequiera; y cuando yo me retiro, se vienen conmigo. Sin temor puedo afirmarlo: si estos bienes cuya pérdida deploras te hubieran pertenecido en propiedad, jamás los hubieras perdido⁵².

En las prosas siguientes, la Filosofía vuelve a hablar en nombre propio y le recuerda la medida y alcance de sus pasadas dichas, enumerándole todas las bendiciones, privilegios y honores que ha recibido a lo largo de su vida⁵³. A su vez, le señala que la fortuna no se ha alejado del todo de él, puesto que aún no ha perdido lo más valioso que tiene, a saber: su ilustre suegro, su prudente esposa y sus honorables hijos⁵⁴. De esta manera, la Dama aplica el ejercicio espiritual epicúreo, anteriormente mencionado (II), de la *revocatio mentis*, focalizando la memoria del afligido en el recuerdo de circunstancias felices pasadas y que aún persisten, pese a los cambios de la fortuna⁵⁵. Luego, ella le explica que el fundamento de la felicidad no radica en los bienes fortuitos que dependen del azar, ya que la misma es el bien supremo del ser racional y, por tanto, nada ni nadie puede arrebatársela. Por tanto, procurar la felicidad en bienes pasajeros que pueden perderse, ya sea por infortunios o por la misma muerte, no pueden ser el núcleo de la verdadera felicidad. Por el contrario, quien es dueño de sí mismo está en posesión de un bien que la fortuna jamás le podrá quitar⁵⁶.

A medida que la Dama Filosofía percibe que todas estas palabras comienzan a hacer efecto en el afligido Boecio, resuelve usar con mayor fuerza sus argumentos. En primer lugar, contrapone el hecho de ser dueño de sí mismo al amor puesto en cosas externas (*externa bona*): “¿por qué te dejas seducir de vanos placeres? ¿Por qué encadenas tu corazón a bienes que están fuera de ti, menospreciando los tuyos propios?”⁵⁷, y más adelante le demuestra que el ansia de poseer bienes más allá de lo que exige la necesidad es

⁵¹ Ibid., II, pr. 1, 59.

⁵² Ibid., II, pr.2, 61.

⁵³ Cfr. Donato, Boethius'..., 82.

⁵⁴ Cfr. Boecio, CF, II, pr. 4, 67-68.

⁵⁵ Cfr. Donato, Boethius'..., 82.

⁵⁶ Cfr. Boecio, CF, II, pr.4, 70-71.

⁵⁷ Ibid., II, pr.5, 74.

un absurdo, ya que dichos bienes no deben su valor al hombre, sino a la propia naturaleza del objeto. Por tanto, considerar que se es más feliz por poseer más bienes es producto de un error metafísico: “¿de tal manera se ha trastornado el orden del mundo, que un ser casi divino por su razón imagine que no puede brillar y distinguirse sin la posesión de objetos inanimados?”⁵⁸. Pues bien, cuando el hombre no valora como lo máspreciado de sí mismo su facultad racional —que lo asemeja a la divinidad— y se lanza hacia el afán de poseer bienes externos, se coloca en un nivel inferior al de los animales, ya que éstos no se conocen a sí mismos debido a su propia naturaleza. En cambio, el hombre que, siendo capaz de conocerse a sí mismo, rehúye de ello, realiza una depravación⁵⁹.

Luego, la Dama procede a considerar la insignificancia de la dignidad y el poder (*dignitas potentiaque*) mundanos, al ignorar la dignidad y el poder verdaderos. En efecto, si realmente las dignidades y los cargos tuvieran un valor intrínseco, nunca los malvados podrían gozarlos. No obstante, es indudable que frecuentemente los malvados ejercen cargos, por lo cual no puede ser un verdadero bien aquello a lo que esta gente es capaz de acceder⁶⁰.

Por último, la Filosofía examina la futilidad de la pasión por la gloria (*gloriae cupido*) y la buena opinión entre los mejores de la república. Así logra seducir a aquellas inteligencias superiores que no caen en la trampa del encanto de los bienes exteriores ni en el afán de poder, pero que aún no han logrado ascender hasta la perfección de las virtudes⁶¹ (*virtutum perfectio*). El razonamiento que usa la Dama para desarmar la gloria humana vale la pena que sea citado con extensión⁶²:

Ya sabes, como te lo enseñan los astrónomos, que todo lo que abarca la tierra, comparado con la infinita extensión del firmamento, no pasa de ser un punto [...] De esta porción tan pequeña del universo sólo la cuarta parte está poblada por seres conocidos por vosotros [...] Si de esta cuarta parte quitas con el pensamiento

⁵⁸ Ibid., II, pr.5, 75.

⁵⁹ Ibid., II, pr.5, 76.

⁶⁰ Cfr. Ibid., II, pr.6, 78-81.

⁶¹ Cfr. Ibid., II, pr.7, 83.

⁶² Esta argumentación a la que recurre la Dama para convencer a Boecio es similar a la utilizada por Cicerón en *Sueño de Escipión*. De hecho, Zaranka afirma que la forma en que CF expresa los límites de la gloria humana es a través de términos que se encuentran en los comentarios de Macrobio a dicho texto ciceroniano. Cfr. Juozas Zaranka, “Introducción”, *Sueño de Escipión de Cicerón*. Bogotá, Revista Ideas y Valores de Facultad de Filosofía y Letras, 1963. A continuación, citamos el texto de Macrobio, para que el lector pueda detectar los paralelismos con el texto boeciano: “Por ello Escipión mostró antes, al hablar de la pequeñez de la zona en que vivimos, que los hombres de nuestra raza habitan una pequeña parcela de toda la Tierra -que ocupa, con respecto al cielo, el lugar de un punto- y que nadie ha podido difundir su gloria ni siquiera en la totalidad de esta parcela, ya que la fama del nombre de Roma no ha sido capaz de cruzar las aguas del Ganges ni de traspasar el Cáucaso. Además, trunció esta esperanza de propagar por todas partes la gloria al poner delante de nuestros ojos la exigüidad de nuestro mundo, y quiere incluso eliminar su duración con el fin de inculcar plenamente en el espíritu de su nieto, disuadiéndolo, el menosprecio de la gloria, aunque goce de ella. Afirma, además, que en esta misma parcela en la que puede divulgarse la fama del hombre sabio y valeroso, esta fama no puede persistir eternamente porque ora un incendio ora una inundación desbaratan la duración de las cosas”. Macrobio, *Comentarios al Sueño de Escipión*, II, 10, 3-4 [142-143].

la que ocupan mares y lagos y [...] los áridos desiertos, quedará una superficie muy reducida para la habitación del hombre. Y de este pequeñísimo punto de un punto [...] ¿soñáis haceros famosos con que sea conocido vuestro nombre? [...] Sin olvidar que el recinto de esta pequeña mansión está ocupado por numerosos pueblos [...] Allí donde no ha podido penetrar la fama del nombre romano ¿será posible que se haga conocer la gloria de un ciudadano de Roma? [...] Se habrán de conformar con que su fama se difunda en el ámbito de sus familiares y amigos; y a los sumo no pasará de las fronteras de una nación esa preclara inmortalidad que da el renombre [...] Y si comparas la duración del tiempo con la eternidad infinita ¿a qué viene a reducirse la perennidad de vuestra fama que tanto os halaga? [...] De donde la duración de la fama de un hombre, por vasta que se la suponga, ha de parecer no sólo muy corta, sino más bien nula, comparada con la eternidad⁶³.

Una vez desarticulados estos tres aparentes beneficios que prodiga la buena fortuna —bienes externos, poder y gloria— la Dama Filosofía concluye que es más provechosa la fortuna cuando es contraria que cuando favorece al hombre: “la próspera fortuna aparta del bien verdadero con sus caricias seductoras; la adversa, trayendo a los hombres prendidos en su arpón, los hace volver muchas veces al camino de la verdadera felicidad”⁶⁴.

Remedios fuertes

Al iniciar el libro tercero, Boecio expresa el buen efecto que le han producido las palabras de la Dama, y que aquellos remedios que antes eran demasiado duros por su aspereza, ahora no le resultan odiosos, sino estimables. A lo que la Filosofía le contesta que ella misma lo ha conducido a ese estado de ánimo expectante, y que lo que resta decirle puede ser amargo al principio, pero que una vez penetrado se torna dulce, puesto que es el camino que conduce a la verdadera felicidad⁶⁵. Pero le indica que antes de tratar la cuestión de la felicidad, que es el bien verdadero, es necesario contemplar los bienes falsos para librarse del yugo de su esclavitud, así como “el que quiere sembrar un campo virgen comienza por despejar de malezas el terreno”⁶⁶.

En la prosa siguiente, la Dama Filosofía explica que los mortales toman diversas sendas de acuerdo aquello que los ocupa, pero en todas ellas el fin único es conseguir la felicidad. La misma consiste “en un bien de naturaleza, tal que el que llega a poseerlo ya no puede desear otra cosa. Es la suma de todos los bienes y todos los abarca”⁶⁷. No obstante, aunque todos los hombres aspiran a dicho bien, ya que su deseo está inscrito en su propia naturaleza, el error los conduce hacia la búsqueda de bienes falsos y aparente.

⁶³ Boecio, *CF*, II, pr. 7, 83-85.

⁶⁴ *Ibid.*, II, pr. 8, 89.

⁶⁵ Cfr. *Ibid.*, III, pr.1, 91-92.

⁶⁶ *Ibid.*, III, m.1, 92.

⁶⁷ *Ibid.*, III, pr.2, 93.

Algunos piensan que el bien supremo consiste en no carecer de nada, por lo que se esfuerzan en acumular riquezas (*opis/divitiae*); otros procuran verse colmados de dignidades y honores, por lo que luchan por verse distinguidos entre sus pares; algunos ven el supremo bien en el poder (*potentia*), y trabajan por llegar a tener el favor de los reyes; otros aspiran a la fama (*gloria*), por lo cual luchan por triunfar en el arte de la guerra; muchos ven la dicha suprema en el gozo de vivir alegres y no tienen otra meta que embriagarse de placer (*voluptas*)⁶⁸.

Ahora bien, no se equivoca esta gente en considerar cada uno de estos bienes como bienes. De hecho, el estado de perfecta felicidad abarca la abundancia, el respeto, el poder, la fama y la ausencia de tristeza. Y cada uno de estos tipos de hombres considera que poseyendo aquel bien al que aspira, obtendrá en consecuencia todos los otros⁶⁹. No obstante, justamente allí es donde radica el problema, puesto que, si se coloca a un determinado bien particular como cima de la felicidad, se termina en desilusión, ya que aquél no brinda todo lo que se pretendía obtener de él: “si no dan lo que prometen, y, de hecho, aun con ellos faltan muchos otros bienes ¿no hemos de concluir que es falsa y especiosa la apariencia de felicidad que en ellos se percibió?”⁷⁰. Dicho esto, la Dama Filosofía procede a desenmascarar cada uno de estos aparentes bienes.

En primer lugar, argumenta que las riquezas no pueden impedir que se carezca de alguna cosa, ni hacer que uno se baste a sí mismo. Por ejemplo, si alguien posee mucho dinero, requiere necesariamente de ayuda ajena para cuidarlo, debido a que es posible perderlo. A su vez, las riquezas, si bien pueden atenuar las necesidades, tales como el hambre y la sed, nunca las satisfacen del todo, puesto que la ambición genera otras nuevas⁷¹.

Luego, demuestra que las dignidades humanas no logran proporcionar el honor y el respeto de los demás, aplicando el siguiente razonamiento: cuando alguien goza de un determinado cargo en una nación y se presenta casualmente en una nación bárbara, es probable que no sea estimado el honor del cargo que porta. En efecto, según Boecio: “los cargos no tienen un valor propio, sino el que les atribuye la equivocada opinión de los hombres”⁷². Al contrario, la virtud siempre lleva consigo una dignidad que le es propia y la adquiere quien la pone en práctica. Y, Boecio concluye que con los cargos públicos no sucede lo mismo, pues es cosa clara que en ellos no radica el auténtico honor y respeto⁷³.

A continuación, el filósofo se encarga de desmontar el poder de los reyes y se pregunta, si bien, ellos son tan poderosos ¿por qué viven tan angustiados por las preocupaciones? ¿Cuál es la razón de encontrarse rodeados de numerosa guardia? ¿Por qué dependen de sus cortesanos para demostrar su poderío? Al mismo tiempo, también cues-

⁶⁸ Cfr. Ibid., III, pr.2, 93-95.

⁶⁹ Cfr. Ibid., III, pr.2, 95-96.

⁷⁰ Ibid., III, pr.3, 98.

⁷¹ Cfr. Ibid., III, pr.3, 99-101.

⁷² Ibid., III, pr. 4, 103.

⁷³ Cfr. Ibid., III, pr.4, 102.

tiona el supuesto poder que portan aquellos familiares o allegados de los reyes, ya que, por un lado, pueden perder el favor de éstos y dirigirse a la ruina; y por otro, si el rey cae, ellos se verán igualmente arrastrados a la desgracia⁷⁴. De manera contraria, en el siguiente poema, la Filosofía expresa el lugar donde radica el verdadero poder:

Quien quiera ser poderoso
deberá dominar sus fieras pasiones
y no doblar jamás su cuello vencido
al yugo innoble del placer⁷⁵.

Seguidamente, trata acerca de la falsa gloria que proporciona el juicio de los hombres. De hecho, cita un fragmento de *Andrómaca* de Eurípides que utiliza el término griego δόξα⁷⁶, término que hace referencia, entre otras cosas, a la buena opinión o estimación que otros tienen acerca de uno mismo. La Filosofía le advierte que dicha estima a menudo descansa en la falsa opinión del vulgo y, por tanto, debería ser vergonzoso aspirar a ella. A su vez, le aclara que, aun cuando las alabanzas sean justas, el bien del hombre no radica en la opinión de los demás, sino en la propia rectitud. A esto añade, con respecto a los títulos de nobleza, que no tiene sentido vanagloriarse de ellos, puesto que no pertenecen a quienes los ostentan, sino que consisten en un homenaje rendido al mérito de los antepasados⁷⁷. De todo esto se deriva lo que expresa oportunamente en el poema:

¿Por qué, pues, os jactáis de vuestro linaje?
Si miráis a vuestro origen
y veis a Dios como Creador,
ningún hombre será un degenerado,
a no ser que reniegue de su origen
engañándose en los vicios⁷⁸.

Por último, la Dama Filosofía desarma rápidamente la falsa felicidad que proporcionan los placeres corporales, “cuyo deseo llena de ansiedades y cuya satisfacción agobia con remordimientos”⁷⁹, al señalar que cualquiera que recuerde los extravíos de sus propias pasiones no puede negar que el efímero atractivo que brinda el arrebató del placer es seguido, a corto o largo plazo, por la tristeza y el abatimiento. Además, argumenta que, si realmente el placer otorga la felicidad, los animales serían los más dichosos, puesto que no aspiran a otra cosa, sino a satisfacer los deseos de su cuerpo⁸⁰.

⁷⁴ Cfr. *Ibid.*, III, pr.5, 105.

⁷⁵ *Ibid.*, III, m.5, 45.

⁷⁶ Eurípides, *Andrómaca*, 319-320 (402): ὦ δόξα δόξα, μυρίοισι δὲ βροτῶν / οὐδὲν γεγῶσι βίοντι ὠγκώσας μέγαν (“¡Oh fama, fama! Para innumerables mortales que nada son has hinchado tú una vida de vanagloria”).

⁷⁷ Cfr. Boecio, *CF*, III, pr.6, 107-108.

⁷⁸ *Ibid.*, III, m.6, 46-47.

⁷⁹ *Ibid.*, III, pr. 7, 109.

⁸⁰ Cfr. *Ibid.*, III, pr.7, 109.

Una vez concluida esta meticulosa serie de argumentaciones, la Dama Filosofía ha cumplido con su primer objetivo, a saber, demostrar “que estos caminos de la felicidad son muy torcidos y que a nadie pueden llevar al objetivo que prometen”⁸¹. No obstante, su labor terapéutica no concluye aquí, puesto que estas virtudes purificadoras estimuladas por la Dama, a lo largo del Libro II y hasta III, M8, no deben ser buscadas por sí mismas,

sino como un proceso catártico, concebido como un progreso, cuya meta es posibilitar el acceso a la contemplación. Boecio se aproxima al cristianismo desde el platonismo. Desprecia, en efecto, el mundo sensible, donde muere el alma, prefiriendo el mundo inteligible, donde se halla la verdadera vida, para así lograr salvar su alma. De acuerdo con esta concepción propone una ética de la renuncia basada en una ascesis, un entrenamiento del alma [...] Pero esta ascesis es un medio, no un fin, como sucedía con los estoicos⁸².

Virtudes contemplativas

En lo que resta del Libro III, la Dama Filosofía se resuelve a estimular en su paciente el ejercicio de las virtudes contemplativas, de acuerdo con la clasificación neoplatónica antes mencionada. Dichas virtudes guardan como objetivo el retorno del alma a su verdadera patria, el mundo inteligible:

Todas las cosas humanas se desvanecen, y luego vuelven, sometidas a la rueda de la Fortuna, pero el alma podrá quizás escapar de este eterno vaivén entre el cielo y la tierra, si se esfuerza en cultivar las virtudes, ya que el cielo no dejará de existir, nunca pasará, situado eternamente por encima de la tierra. Las virtudes teoréticas o contemplativas son las propias de un hombre contemplativo, cuya alma contempla las formas inteligibles⁸³.

Para llevar a cabo esta repatriación, en primer lugar, la Dama expone la razón por la cual el hombre se confunde y procura alcanzar la felicidad por vías engañosas, y es que “lo que por naturaleza es uno y simple, el hombre lo divide y descompone con un error que le lleva desde la verdad y lo perfecto a la mentira y la imperfección”⁸⁴. Pues bien, ella le demuestra a través de sus argumentos que la suficiencia, el poder, la fama, los honores y el respeto, si bien tienen nombres diferentes, son en realidad una misma cosa⁸⁵; pero el

⁸¹ Ibid., III, pr. 8, 110.

⁸² Zamora Calvo, *Una exhortación...*, 180.

⁸³ Ibid., 181.

⁸⁴ Boecio, *CF*, III, pr. 9, 113.

⁸⁵ La Dama Filosofía, a través de argumentos simples, le demuestra cómo alguien que no carece de nada (suficiencia) tiene poder. Además, no es despreciable, por lo que merece el respeto de los demás. A su vez, por ello no se oculta en las tinieblas, sino que reluce por su fama. Y por todo ello, es claro que posee el gozo más cumplido. Cfr. Ibid., III, pr. 9, 113-114.

hombre distorsionado divide en partes un ser de suyo indivisible, por lo cual, “al intentar conseguir sólo una parte de él, ni alcanzan ésta, que en sí no es nada, ni al ser íntegro porque no es lo que buscan”⁸⁶. Por ejemplo, aquel que aspira a amontonar riquezas, prefiere privarse de muchos placeres a fin de no derrochar el dinero acumulado.

Entonces, ¿cuál es la verdadera felicidad? Es claro que ninguno de estos bienes particulares mencionados, ya que privan del resto de los bienes, por tanto, la verdadera felicidad es aquella que otorga al mismo tiempo suficiencia, poder, honores, celebridad y goce, puesto que, en verdad, todos ellos se identifican. Por tanto, la verdadera felicidad es el bien sumo. No obstante, la Dama Filosofía le advierte que en este mundo no hay ningún bien que proporcione la auténtica felicidad, por lo que aún falta indagar en donde es posible hallarla⁸⁷. Para llevar esto a cabo, le explica que es necesario implorar el socorro divino, es decir, invocar al padre de todos los seres, sin el cual ningún principio puede ser adecuado. En este sentido, proclama el siguiente verso, de claras resonancias platónicas⁸⁸:

¡Oh Tú, que gobiernas el mundo con leyes inmutables
creador de la tierra y del cielo, que de la eternidad haces brotar el tiempo,
que, permaneciendo en tu inmovilidad inquebrantable,
das a las cosas universal movimiento!

[...]

¡Tú lo riges todo conforme al arquetipo celeste;
siendo la hermosura misma, haces que, a tu imagen,
el mundo en extremo hermoso lleve su perfección a todas partes!

[...]

Tú sometes los elementos a las leyes de los números,
a fin de que el frío obre de concierto con el calor y lo árido con lo húmedo.

[...]

Tú hacer brotar igualmente las almas y las vidas de naturaleza inferior
y las colocas, para elevarlas, en carros ligeros que las derramarán por el cielo y la tierra,

para volver después a ti, por la benigna ley que las guía,
gracias a la llama que las hace refluir hacia su origen.

Permite, ¡Oh padre!, a nuestro espíritu, que se eleve hasta tu augusto trono
para poder conocer la fuente del bien y hallar de nuevo la luz,
al fijar en ti la clara mirada del alma.

Disipa las nubes, alivia el lastre de esta masa terrena

y muéstrate en la gloria de tu esplendor, porque tú eres el cielo sereno.

Tú, el reposo y la paz para los justos

⁸⁶ Ibid., III, pr. 9, 115.

⁸⁷ Ibid., III, pr. 9, 117-118.

⁸⁸ Según Zamora Calvo, este metro se presenta como una reescritura himnica del *Timeo* 27 c. Cfr. Zamora Calvo, *Una exhortación...*, 186.

porque verte es nuestro fin, verte a ti, que eres principio, sostén y guía
¡Tú el término y el final de nuestro viaje!⁸⁹

En la prosa siguiente, la Dama considera la posibilidad de un bien perfecto. La argumentación que utiliza es similar a la aplicada por Santo Tomás en la cuarta vía para demostrar la existencia de Dios⁹⁰: si hay bienes imperfectos, ellos lo son en cuanto se encuentran en grado inferior a lo perfecto. De esta forma, concluye que, debido a que “existe una felicidad imperfecta, constituida por un bien deleznable, ello es sin duda porque antes existió la felicidad sustancial y perfecta”⁹¹. Ahora bien, puesto que Dios es el primero de todos los seres, Él es el mismo bien supremo; y como la felicidad está en el bien sumo, es necesario que la felicidad resida en Dios. Él es la felicidad misma⁹². Luego, aquello que nos hace verdaderamente felices es llegar a conseguir la divinidad: “*nam quoniam beatitudinis adeptione fiunt homines beati, beatitudo uero est ipsa diuinitas, diuinitatis adeptione beatos fieri manifestum est*”⁹³. Esto no significa que el hombre se haga un dios, puesto que por esencia Dios es uno sólo, sino que, por participación en la bondad divina, él mismo se divinice⁹⁴.

En la próxima prosa, la Dama Filosofía explica el problema de los bienes particulares, el cual radica en que son tomados de manera aislada; por tanto, sólo serán verdaderos bienes cuando todos ellos constituyan una sola cosa, es decir, adquieran la unidad. La Dama demuestra cómo todos los seres naturales tienden a mantener la unidad para poder subsistir, puesto que, de lo contrario, perecerían; por lo cual queda en evidencia que la unidad y el bien se identifican⁹⁵.

En la última prosa del Libro III, la Dama Filosofía retoma el primer diagnóstico que le realizó a Boecio, cuando respondió sobre el timón por el cual Dios gobierna el mundo. El argumento de la Dama es el siguiente: Dios es la felicidad misma y la suficiencia es uno de los elementos de la felicidad. Luego, “para gobernar al mundo Dios no tendrá necesidad de ayuda exterior. En efecto, si algo necesitara, por pequeño que fuera, ya no gozaría de plena suficiencia [...] Por consiguiente, Dios lo gobierna y dispone todo

⁸⁹ Boecio, *CF*, III, m. 9, 118-120.

⁹⁰ “La cuarta vía se toma de los grados que se encuentran en las cosas. Pues se encuentra en las cosas algo más y menos bueno y verdadero, y noble, y así otras cosas semejantes. Pero este más y este menos se dice de las cosas en cuanto que se aproximan más o menos a lo máximo [...] Hay algo, por tanto, que es verísimo y óptimo y nobilísimo; y, en consecuencia, es el máximo ser. Pues las cosas que son máximamente verdaderas son máximamente seres [...] Pero lo que es máximamente tal en algún género es la causa de todas las cosas que son de ese género [...], del mismo modo hay algo que en todos los seres es causa de su ser, de su bondad, de cualquier otra perfección, y a éste le llamamos Dios (Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 2, a. 3).

⁹¹ Boecio, *CF*, III, pr. 10, 120-121.

⁹² Cfr. *Ibid.*, III, pr. 10, 121.

⁹³ *Ibid.*, III, pr. 10. Texto latino.

⁹⁴ Cfr. *Ibid.*, III, pr. 10, 124.

⁹⁵ Cfr. *Ibid.*, III, pr. 11, 128-134.

por sí mismo”⁹⁶. A su vez, como Dios es el sumo Bien, Él es quien dirige todas las cosas por y para el Bien. Además, como goza de todo el poder, nada le parecerá imposible.

Conclusión

A lo largo del trabajo, hemos podido recorrer el camino que transita Boecio, desde su apego desordenado al mundo mudable, hasta la inmutabilidad de las verdades eternas. En dicho recorrido, el filósofo es guiado por la sabiduría, quien se presenta en la obra encarnada en una mujer de aspecto venerable. Ella, como buena madre, acude al auxilio de su hijo en el momento de la tribulación, haciéndole recordar las verdades aprendidas en su seno, con el fin de redireccionarlo hacia la verdadera felicidad.

Ahora bien, es interesante destacar la analogía entre la ceguera y la enfermedad con el olvido de la finalidad humana. En efecto, en CF se describe como a Boecio un enfermo que, al olvidar las enseñanzas filosóficas e ignorar el sentido de la vida, queda enceguecido, pues anda a merced de la fluctuación anímica producida por los vaivenes de la fortuna. De esta forma, cae en un estado de malestar digno de lástima, tal como se presenta en el inicio de la obra.

Por el contrario, la sabiduría que proviene de la filosofía se revela como la auténtica fuente de la salud. En virtud de lo cual, la Dama se manifiesta como una enfermera capaz de curar al enfermo de los numerosos males que lo atormentan. Su labor terapéutica procura limpiarle los ojos nublados por emociones y ayudarle a dirigir su mirada hacia la contemplación de la verdadera fuente de todo bien y hermosura.

Desde esta perspectiva, la Dama Filosofía se preocupa por aplicar todas las técnicas terapéuticas necesarias. En primer lugar, la impugnación de falsas medicinas, tal como hizo al rechazar a las musas, que acrecentaban el dolor del enfermo, en vez de aliviarlo. En segundo lugar, la realización de un diagnóstico acertado, al indagar sobre el pensamiento equivocado que conduce a Boecio al estado de letargo. En tercer lugar, la aplicación de remedios suaves, a fin de predisponer al enfermo a la recepción de otras dosis más fuertes, con el propósito de dejar al descubierto la doble cara de la fortuna y la falsa ilusión de los bienes que prodiga. En cuarto lugar, el empleo de remedios fuertes con la intención de concluir la purificación de su alma, al demostrar que los bienes humanos no son capaces de brindar la auténtica felicidad. Y, por último, la redirección de la mirada del paciente hacia la auténtica felicidad, al invitarlo al ejercicio de las virtudes contemplativas.

A través de esta última práctica terapéutica, Boecio logra recobrar el bienestar. Pues, vuelve a descubrir algo ya aprendido en sus estudios filosóficos, pero olvidado debido a la ceguera producida por el encadenamiento a lo transitorio de su vida activa. Él alcanza a recordar, pero ahora con mayor convicción que es en Dios, el Sumo Bien, donde radica la verdadera felicidad del hombre. Por lo cual, a Él se dirigen todos sus anhelos, ya que en Él se identifican todos los bienes. Es en Dios, en la contemplación de sus verdades eternas, donde se encuentra su verdadero hogar, su auténtico fin, aquello que

⁹⁶ Ibid., III, pr.12, 137.

llena de sentido toda su vida. ¡Qué mejor consuelo para el exiliado Boecio que advertir que está próximo a retornar a su verdadera patria!

Bibliografía

- BOECIO. *La Consolación de la filosofía*. Trad. Pablo Mesa. Madrid: Sarpe, 1985.
- BOECIO. *La Consolación de la filosofía*. Trad. Pedro Rodríguez Santidrán. Madrid: Alianza, 1999.
- BOECIO. *De consolazione philosophiae*. Ver en línea: <https://www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus:text:2008.01.0678>
- BOECIO. *The Consolation of Philosophy: with an Introduction and Contemporary Criticism*. Trad. Scott Goins y Barbara Wyman. San Francisco: Ignatius Press, 2012.
- CICERÓN. *El Sueño de Escipión*. Trad. Vilma Correa. Bogotá: Revista Ideas y Valores de Facultad de Filosofía y Letras, 1963.
- CORREIA MACHUCA, Manuel. “La Doctrina Cristiana En La Consolación De La Filosofía De Boecio”. *Studium. Filosofía Y Teología* Vol. 26, 52 (2023): 195–212. <https://doi.org/10.53439/stdfyt52.26.2023.195-212>
- DOMÍNGUEZ, Patricio. “Boecio y los ejercicios espirituales. Observaciones a los dos primeros carmina de la Consolación de la Filosofía”. *Scripta Mediaevalia. Revista de pensamiento medieval*. vol.13.2 (2020).
- DONATO, Antonio. “Boethius’ Consolation of Philosophy as a Product of Late Antiquity”, London-New York: Bloomsbury, 2013.
- EURÍPIDES, *Andrómaca*. En *Eurípides, Tragedias I*. Trads. Alberto Medina González y Juan Antonio López Férez. Madrid: Gredos, 1991.
- GILSON, Étienne. *La filosofía de la Edad Media*. Trad. Arsenio Pacios y Salvador Caballero. Madrid: Gredos, 1976.
- HADOT, Pierre. ¿Qué es la filosofía antigua? Trad. Eliane Cazenave Tapie Isoard. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- HADOT, Pierre. *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*. Trad. Javier Palacio. Madrid: Siruela, 2006.
- MACROBIO, *Comentarios al Sueño de Escipión*. Trad. Jordi Raventós. Madrid: Siruela, 2005.
- PLATÓN, *Timeo*. En *Diálogos VI: Filebo, Timeo. Critias*. Trads. María Ángeles Durán y Francisco Lisi. Madrid: Gredos, 1992.
- PORFIRIO, *Sentencias*. Ver en línea: <https://es.scribd.com/document/105228206/Sentencias-de-Porfirio>
- STEIN, Edith. *La estructura de la persona humana*. Trad. José Mardomingo. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1998.
- TOLKIEN, John Ronald Reuel. *El Silmarillón*. Trad. Luis Domenech y Rubén Masera. Buenos Aires: Minotauro, 2014.

TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*. Ver en línea: <https://hkg.com.ar/sumat/>

ZAMORA CALVO, José María. “Una exhortación a cultivar las virtudes: La posible conexión entre la Consolación de la Filosofía de Boecio y la ética neoplatónica”. *Revista de filosofía*. II Época 17 (2017): 179.

ZARANKA, Juozas. “Introducción”, *Sueño de Escipión de Cicerón*. Bogotá: Revista Ideas y Valores de Facultad de Filosofía y Letras, 1963.